

en la propaganda y en la filtración no quiere decir que sean decididos. Por eso, el mejor medio de combatirlos no es el de un anti-comunismo a ultranza de tipo ideológico, sino el de enseñar y extender la política comunista de engaño y de perfidia al igual que la que podría practicar cualquier otro estado imperialista. Realmente para seguir los métodos de éstos no valía la pena de hacer una revolución

El ejemplo de España es uno más de los que se puede añadir a la lista soviética. La República española fué un buen negocio económico para Stalin que la dejó caer cuando vió que no le servía en sus manejos para atraerse a ingleses y franceses. Su comportamiento posterior con los refugiados españoles acredita lo dicho.

Por eso, libros como los de Fischer merecen no sólo leerse sino también divulgarse. Así todos llegarían a saber como se comporta el «padrecito de todas las Rusias y de todos los proletarios del mundo». Exactamente igual que un imperialista cualquiera.—MANUEL LÓPEZ-REY.



<https://doi.org/10.29393/At182-17CGLO10017>

CONSEJAS DEL GRAN RÍO, por *Edmundo de la Parra*.—Ediciones de la Revista Universitaria.—Santiago de Chile, 1940

Edmundo de la Parra es el autor de un volumen de cuentos titulado «Consejas del Gran Río», donde se muestran, con cierta nitidez, algunas notables virtudes literarias, que dan al libro un carácter señalado dentro de la joven literatura chilena. Su autor emprende en él una exploración hacia el dominio de lo folklórico, y en su obra se alcanzan valores bien poco frecuentes, que vaticinan para de la Parra un sólido porvenir en ese género. Generalmente el folklore está henchido de una savia poética popular que irriga los campos de lo legendario. Nuestro autor se ha allegado a un ser de la naturaleza, el río Biobío, y en torno

suyo ha recogido y elaborado los materiales de sus cuentos, de múltiples ambientes y personajes, pero de semejante inspiración. En todos ellos, más que rastreo psicológico, más que acierto en la indagación del clima social, hallamos una desenvuelta atmósfera de silvestre poesía. En cierto modo nos evoca a trechos las crónicas coloniales, en que el autor, embelesado por el espectáculo de una naturaleza de inédita hermosura, describía el paisaje con espontánea alteración lírica. De la Parra, más que la mayoría de nuestros criollistas, demasiado pendientes de lo externo, retrata el paisaje sureño franqueándolo, internándose por el laberinto de sus elementos, estrujando su vida misteriosa. Arranca, entonces, de esta compenetración, un tono de embriaguez y de pánico frenesí, que expresa en lengua palpitante y directa. Sus descripciones son animadas, minuciosas, pero los detalles no son en su obra inexpresiva escoria, sino que, por el contrario, nos introducen en el espíritu mismo de la naturaleza, en su movimiento y en su vida incesantes, que él canta al describirlos. Nos transcribe las intensas sensaciones de toda índole que el contacto con la tierra le provoca, y lo hace, entre perplejo y seguro de su entonación, con períodos a veces entrecortados y otras veces serenos.

En sus cuentos de la Parra aborda la serenidad de los bosques y de la Cordillera, la calmada y melancólica existencia de los pueblos riberanos al Biobío, la insatisfacción multitudinaria de los campesinos explotados y de los indios. En breves páginas, lleva al lector a la temperatura regional y en ella vacía el humano calor de sus personajes. Las gentes en sus relatos, más que seres actuantes de realidad psicológica, son sujetos cuya intimidad se expresa en el paisaje en que su alma misma se contempla. De este modo, el sufrimiento humano, la melancolía, los momentos alegres de los protagonistas, tenemos que buscarlos, no en ellos mismos, sino en su mundo circundante: en la extensión lluviosa que se contorsiona y se diluye; en la distancia transparente y quieta con lejanía de arbustos floridos, nostálgicos juntos al cielo:

en el río que se desliza enérgicamente, sin desmayo y erizado de una secreta esperanza.

En la descripción ambiental el libro de de la Parra obtiene un éxito logrado: pocas veces como él alguien había penetrado con tanta exactitud poética en el mundo vegetal y animado de una zona de nuestro territorio. Su estilo, a menudo de un casticismo un tanto irónico, modela con matices personales la materia del relato y le da vigor y plasticidad.

Pero estas virtudes de las «Consejas del Gran Río» no logran ocultar sus defectos. Desde luego, es desagradablemente notorio cierto descuido en el manejo del idioma que lo hace caer numerosísimas veces en errores gramaticales y en incoherencias, imputables en muchos casos a la defectuosa impresión del libro, pero demasiado frecuentes para no ser achacados en parte a la negligencia del autor.

Sus personajes a menudo se hunden en una irrealidad caricaturesca y vulgar, y la ironía entonces se transmuta en humorismo de baja ley estética.

Después de leer los cuentos de este volumen y de aquilatar sus hallazgos, uno no puede menos que notar cierta ausencia de intensidad en el encadenamiento de los sucesos que se presentan desmadejados, sin una potencia subyacente que los libre de la insignificancia. Diríamos que falta drama o, mejor, unidad, en su estructura excesivamente perezosa y lánguida. Y es claro que en ciertos momentos tal modalidad es acertada, pero en muchos casos el ritmo de la narración no satisface una imperiosa necesidad de dinamismo interior. En otras ocasiones, la trama aparece como periodística, desnuda y esquemática, sin fuerza.

Pero, en definitiva, la obra de Edmundo de la Parra se destaca con justos títulos y con singulares méritos, algunos de ellos nuevos en la esfera de la literatura criollista, a la cual aporta interesantes ingredientes. Ella revela a un escritor de fina y joven sensibilidad.—LUIS OYARZÚN.